
Neofascismo, derechas radicales y defensa de la democracia en Ecuador y América Latina

*RICARDO PATIÑO Y
PABLO ITURRALDE*

Introducción

El resurgimiento del neofascismo y de las extremas derechas constituye uno de los fenómenos políticos del presente más inquietantes y desafiantes para los pueblos y las izquierdas. Aunque el fascismo clásico del siglo XX parecía haber quedado confinado a los museos de la historia tras la derrota del nazismo y la consolidación de los bloques socialista y capitalista en el escenario mundial, en las últimas décadas hemos presenciado el retorno de discursos, prácticas y movimientos que evocan elementos de aquel pasado sombrío. El neofascismo y las extremas derechas no son una simple réplica del fascismo histórico; son una forma adaptada a las condiciones del siglo XXI, que combina tecnologías de comunicación contemporáneas, nuevas ansiedades sociales y un escenario global marcado por una crisis civilizatoria, múltiples crisis que se condicionan mutuamente a nivel económico, ambiental, social u político, en un contexto de incremento de la desigualdad, incertidumbre cultural y de disputa geopolítica internacional.

La relevancia académica y política de este fenómeno radica en que su expansión no se limita a un país o región: desde Europa hasta Estados Unidos, pasando por América Latina y, en nuestro caso particular, Ecuador, observamos la consolidación de fuerzas políticas que explotan el malestar social para articular proyectos excluyentes, autoritarios y contrarios a los principios de justicia social y la democracia. Analizar este desarrollo implica situarse en la intersección de distintas dimensiones: la crisis del modelo económico neoliberal, el incremento de las desigualdades, la erosión de la legitimidad de los sistemas democráticos, la disputa geopolítica internacional y los cambios culturales asociados a la migración, el feminismo y el reconocimiento de derechos de grupos históricamente marginados.

En términos conceptuales, resulta fundamental diferenciar entre fascismo, populismo y neofascismo. El fascismo clásico se caracterizó por su proyecto totalitario, la violencia como método de acción política, el culto al líder y la supresión de libertades básicas. El neofascismo actual comparte algunos de esos rasgos, pero se presenta bajo formas más difusas, adaptadas al marco democrático y al desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación. El populismo de extrema derecha, por su parte, se entrelaza con estas dinámicas al plantear una división binaria entre “pueblo puro” y “élites corruptas”, canalizando frustraciones sociales hacia chivos expiatorios como los inmigrantes, los pobres, las mujeres organizadas, los ambientalistas o las diversidades étnico-culturales y las sexuales.

Es importante relieves que, así como los fascismos históricos tuvieron aspectos generales comunes, lograron a su vez adaptarse a sus condiciones nacionales (Italia, Alemania y España), tampoco el neofascismo y la extrema derecha actuales, constituyen un bloque homogéneo, son en realidad una constelación de proyectos acomodados a cada contexto nacional.

A nivel internacional, el desarrollo de la extrema derecha ha sido notorio en Europa, con partidos que movilizan el rechazo a la inmigración y la Unión Europea, así como en Estados Unidos, donde Trump y los movimientos supremacistas blancos han puesto en jaque los límites de la democracia liberal. En América Latina, la emergencia de liderazgos como Jair Bolsonaro en Brasil, Javier Milei en Argentina, José Antonio Kast en Chile, expresa una traducción regional de estas tendencias, marcada por el descontento con la política tradicional y por el uso de discursos autoritarios, antiizquierdistas y profundamente neoliberales.

El caso ecuatoriano merece una atención particular. Aunque el país no ha experimentado un fascismo en sentido estricto, la historia política muestra cómo sectores de derecha han recurrido a prácticas autoritarias, al elitismo económico y a la exclusión social como formas de control. En el presente, la crisis de seguridad, la desigualdad creciente y la desafección con las instituciones democráticas han creado un terreno fértil para el avance de narrativas extremistas y la persecución a las disidencias, que se alimentan del miedo, el racismo y el rechazo a los derechos conquistados. Identificar los actores, discursos y riesgos de esta tendencia es indispensable para anticipar sus consecuencias en la vida democrática, en el respeto de los derechos humanos y en la lucha por la dignidad.

Este ensayo propone abordar el fenómeno a partir de la presentación de un marco teórico que permita distinguir las continuidades y rupturas entre fascismo, neofascismo y populismo. Posteriormente, se examinará el desarrollo de las extremas derechas en Europa, Estados Unidos y América Latina, subrayando los factores históricos y actuales que las impulsan. Finalmente, se explorará el caso ecuatoriano, destacando sus particularidades y riesgos específicos.

Enfoque analítico que se basa en la comparación histórica como herramienta para entender los fascismos, evitando reduccionismos culturales o económicos, y una orientación multidimensional: económica-social, cultural-ideológica-simbólica, y política-institucional, para capturar la complejidad del fenómeno. En la práctica, la evidencia del desarrollo de fuerzas neofascistas, indican la interacción entre incertidumbre económica y social, desconfianza en la democracia y partidos tradicionales, reacciones conservadoras a los cambios culturales y polarización mediática acompañada por el uso estratégico de redes sociales para difundir narrativas y manipular las emociones.

El objetivo último es doble: por un lado, ofrecer una lectura crítica que permita comprender la magnitud y complejidad del neofascismo contemporáneo; por otro, plantear interrogantes y alternativas que fortalezcan los horizontes democráticos y de justicia social en Ecuador y América Latina. La lucha contra las extremas derechas no es únicamente un desafío electoral, sino también un reto cultural, social y político que interpela a los movimientos sociales, la academia y las fuerzas progresistas. Solo desde

un análisis riguroso y un compromiso transformador será posible enfrentar esta amenaza y construir sociedades más inclusivas y democráticas.

1. Fascismo y neofascismo: análisis comparado

1.1. Fascismo clásico y sus características históricas

El fascismo clásico emergió en Europa en las primeras décadas del siglo XX como una respuesta autoritaria a la crisis del liberalismo y la amenaza del socialismo.

Existieron unas condiciones económicas estructurales que permitieron el surgimiento y ascenso fascista entre la primera y segunda guerras mundiales. El contexto estaba marcado por la Gran Depresión de 1929 (inflación, desempleo masivo, caída del nivel de vida), además del enorme costo económico y la humillación de las reparaciones de guerra, como resultado del Tratado de Versalles, que le tocó administrar a la República de Weimar, el régimen que gobernó Alemania entre 1919-1933, provocando el incremento de la vulnerabilidad material y el resentimiento de amplios sectores, erosionando la confianza en los partidos tradicionales y generando electorados más receptivos a alternativas radicales que prometían el retorno a un pasado glorioso nacional (palingenesis), además de la recuperación del orden, empleo, y la dignidad perdida (Griffin 2020).

El resultado político fue el colapso de los partidos tradicionales en Italia y Alemania, la erosión de las instituciones democráticas y el surgimiento de oportunidades para la emergencia del fascismo. Sin embargo, el triunfo del fascismo por vía electoral -antes de desmontar la democracia- no se hubiera producido, sin el esfuerzo de organización partidaria, liderazgos fuertes, alianzas con sectores económicos, el ataque frontal a la izquierda política y a los movimientos de trabajadores, aunque algunos fascismos incorporan discursos sociales para atraer a las mayorías. A esto, se debe agregar el fracaso —o la colusión— de actores conservadores que prefirieron la solución autoritaria y fueron condescendientes con la violencia política y el militarismo de los “camisas negras” en Italia y el “departamento de asalto” (Sturmabteilung) en Alemania, milicias paramilitares, así como de la represión estatal, considerada una herramienta legítima de la política.

Al mismo tiempo, el fascismo clásico construyó a nivel ideológico-cultural, un nacionalismo exacerbado sobre la base del mito de renacimiento nacional, la construcción del enemigo interno y externo como consecuencia de una doctrina de supremacía racial, el culto al militarismo y la legitimación de la violencia política, y un formidable aparato de propaganda a través de medios como carteles, la radio y el cine, para promover su ideología racista y nacionalista, linchar mediáticamente a sus oponentes, mantener el culto al líder y movilizar las emociones de la población para obtener sus objetivos políticos y bélicos.

1.2. Neofascismo en el siglo XXI: continuidades y rupturas

El resurgimiento y crecimiento de la extrema derecha y el neofascismo en el presente siglo, se produce en el contexto de la crisis financiera global de 2008, desencadenada por el estallido de la burbuja financiera en EE.UU.; y, por los impactos económicos de la pandemia de COVID-19, desencadenando la mayor crisis de la economía mundial en

más de un siglo, las cuales fueron enfrentadas con políticas de protección y salvataje a las grandes empresas, mientras se impuso políticas de austeridad a la población que redujeron protección social y aumentaron inseguridad laboral, afectando la desconfianza hacia partidos tradicionales y la apertura electoral a fuerzas populistas y radicales de derecha.

El neofascismo contemporáneo mantiene ciertos elementos del fascismo clásico, pero también presenta rupturas significativas. Combinan el uso del discurso antisistema, la apelación al miedo cultural, la denuncia de elites corruptas, la cultura de la enfurecida indignación, al tiempo que han readaptado sus formas y su estrategia, descartando lo explícitamente violento o lo más radical del pasado, para adquirir una legitimidad democrática, pero sin perder lo reaccionario en su núcleo (Traverso 2019).

Entre los factores estructurales y contingentes que explican porqué estas nuevas derechas han conseguido fuerza política, se encuentran:

- **Vacío de poder de los partidos tradicionales:** las estructuras partidarias clásicas han perdido bases sociales estables, discursos fuertes sobre identidad, referencias ideológicas claras. Esto deja espacio para nuevas voces que capitalizan la insatisfacción. Los sistemas políticos no han sabido responder a crisis sociales, económicas y culturales, lo que alimenta la indignación y la desconfianza. Los partidos tradicionales pierden credibilidad, base social, discursos identitarios creíbles. Esto genera un espacio vacío que la nueva derecha llena.
- **Temores culturales e identitarios:** muchas personas sienten que los cambios sociales (migración, diversidad, feminismo, valores liberales) amenazan su sentido de pertenencia y seguridad cultural. La nueva derecha apela fuertemente a ese miedo. Hacen uso del populismo, retórica antisistema, carisma personal y mediático, aprovechando los límites de los partidos tradicionales.
- **Carisma mediático y liderazgo personal:** líderes que no necesariamente tienen trayectorias políticas tradicionales, pero que utilizan los medios, su presencia mediática, su discurso polarizador para conectar con sectores que se sienten ignorados.
- **Discurso enfurecido y antisistema:** estas nuevas derechas usan un lenguaje de ira (“discurso enfurecido”) contra las élites, contra los políticos, contra la globalización. Apelan al resentimiento: inmigrantes, afrodescendientes, indígenas, feminismos, juventud de periferias, en muchos casos como chivos expiatorios de crisis estructurales. Este discurso suele combinarse con diagnósticos muy simplificados, metáforas de nación amenazada, valores culturales “en riesgo”.
- **Propuestas vacías:** muchas de las propuestas políticas de estas derechas son en gran medida simbólicas, retóricas, más que proyectos concretos de transformación estructural. Hay fuerte componente simbólico: restauración, defensa de lo propio, retorno a ideales cultural-nacionales, soberanía, etc. Estas propuestas vacías funcionan porque apelan al sentimiento, a la inseguridad

cultural, más que a programas detallados. En muchos casos, más allá del discurso no hay diseños efectivos para resolver los problemas reales que señalan.

Estas nuevas derechas tienen continuidades y también rupturas con el fascismo histórico. Realizando un análisis comparativo cuidadoso se pueden identificar las siguientes continuidades y rupturas:

Continuidades	Rupturas
▪ Retórica nacionalista y xenófoba: Exaltación de la identidad nacional y rechazo a la inmigración. ▪ Autoritarismo: Concentración del poder en un líder fuerte y desprecio por las instituciones democráticas. ▪ Exclusión de minorías: Construcción de enemigos internos y externos como los migrantes, mujeres, afros, indígenas, que representan una amenaza al “pueblo auténtico”. ▪ Narrativas de nación amenazada: la idea de “enemigo interno” (inmigrantes, élites corruptas, minorías culturales). ▪ Utilización del resentimiento: tanto socioeconómico como cultural. Los discursos que interrelacionan la crisis material con la culpa atribuida a otros. ▪ Violencia simbólica y material: que combina formas sutiles y a menudo invisibles, pero tiene efectos muy reales sobre la sociedad, y material: militarismo	▪ Carencia de grandes proyectos utópicos: En vez del poderoso proyecto de utopía, como el del fascismo del siglo XX, lo que predomina es el pesimismo cultural, la defensa de lo que se percibe como perdido, la nostalgia, la idea de decadencia que debe frenarse. ▪ Adaptación al marco democrático: cambio de estrategia y uso de la institucionalidad democrática, utilizando elecciones y la retórica electoral como instrumentos de legitimidad. ▪ Propuestas económicas diversas: Oscilación entre neoliberalismo radical y proteccionismo selectivo, sin un proyecto corporativista coherente. ▪ Cambio en el foco de exclusión: rechazo cultural a la inmigración, el feminismo, la diversidad sexual o los movimientos indígenas, afrodescendientes, en lugar de centrarse exclusivamente en la raza.

2. Caracterización de las derechas neofascistas

Los neofascismos contemporáneos son una corriente ideológica emergente en el siglo XXI que retoma elementos de la derecha radical clásica (autoritarismo, nacionalismo, racismo) pero los actualiza en clave digital, global y postmoderna, que no se limita a un movimiento político organizado; es una atmósfera cultural y mentalidad colectiva que circula en redes sociales, en comunidades virtuales y en movimientos identitarios.

Estas nuevas derechas radicales se manifiestan en líderes y partidos que explotan el resentimiento social (Trump, Orbán, Le Pen, Bolsonaro, Milei), incapaces de presentar programas racionales, hacen uso y abusan de narrativas emocionales orientadas a “recuperar la grandeza perdida” o “proteger a los verdaderos nacionales”. Culturalmente toman la forma de proliferación de subculturas digitales, como la “derecha alternativa” (*alt-right*), foros misóginos o corrientes de teorías conspirativas, que difunden memes, noticias falsas y relatos normalizando el odio. Un factor novedoso y de gran importancia, es que psicológicamente, toman la forma de subjetividad marcada por el miedo a la pérdida, la frustración ante la precariedad y la necesidad de pertenencia, así, la hostilidad hacia “el otro” se convierte en una forma de afirmación de identidad.

La literatura reciente sugiere que el éxito de estas fuerzas no se explica por un único factor, sino por la combinación de dimensiones económicas, culturales y políticas, donde la narrativa de “recuperar lo perdido” se convierte en un potente movilizador social.

El contexto en que ocurre esta tendencia de desarrollo de las derechas radicales y neofascistas, es una crisis civilizatoria, referida a una situación sistémica, compleja y multidimensional, debido a que el capitalismo occidental, neoliberal, neocolonial y racista, ha priorizado un modelo de crecimiento y consumo insostenible. Esta crisis integra diversos aspectos interconectados:

- Se trata de una **crisis ambiental** vinculada a la sobreexplotación de los recursos naturales, el cambio climático y la degradación de los ecosistemas;
- Por otra parte, se encuentra la **crisis económica y social**, que se manifiesta en un modelo económico financiarizado y cada vez más automatizado, que prioriza el crecimiento a corto plazo sin considerar las consecuencias sociales, generando desigualdad, pobreza y precariedad laboral, además de los límites ecológicos anotados;
- También existe una **crisis cultural y de valores**, signada por la imposición de una cultura economicista del consumo y del individualismo exacerbado, cuyas consecuencias primordiales son la erosión de las identidades culturales, la pérdida de sentido y el debilitamiento de valores y normas compartidas; y,
- Además, de una **crisis política y de gobernabilidad**, manifestada en la crisis de representación de las sociedades centrales y países periféricos, la polarización política, cultural e ideológica, los cuestionamientos de los sistemas democráticos y de partidos, el debilitamiento de los estados de derecho y el mismo, desarrollo de las extremas derechas y la violencia política y simbólica.

En este contexto, la pérdida de sensibilidad, la manipulación de las emociones, el resentimiento, el racismo, la agresividad, la brutalidad, el autoritarismo y la guerra, son el resultado. Como dice Bifo Berardi (2021), la idiotez se propaga en el mundo como

una rebelión contra la racionalidad, se está produciendo una descomposición de la racionalidad, la función crítica de la razón está bajo ataque: las instituciones de la democracia, la opinión pública, el espacio de la crítica está siendo desplazado por la inmediatez de las emociones, por la cultura de la humillación, el resentimiento, la venganza, el viralismo de lo identitario y lo simbólico. No solo noticias falsas (*fake news*), sino una saturación de estímulos que bloquean la capacidad de reflexión crítica.

La hegemonía del capitalismo financiero y digital, el desarrollo científico-técnico acelerado de la información y la comunicación, el resentimiento de los trabajadores y clases medias pauperizados, incapaces de comprender que su situación es resultado del capitalismo neoliberal digitalizado, y la debilidad de la izquierda, los trabajadores y los movimientos sociales para explicar y exponer una alternativa civilizatoria, crea las condiciones para este retorno y desarrollo de los nuevos fascismos del siglo XXI.

Como resultado, los salarios disminuyen, las condiciones laborales empeoran, la solidaridad y autonomía de los trabajadores desaparecen. En el norte global son los trabajadores y las clases medias blancas quienes se ven afectadas por esto, y situación similar ocurre en buena parte de las clases medias del sur global, sus expectativas no coinciden con sus realidades de precarización, desempleo, pérdida de los beneficios de los estados de bienestar, y dada la incapacidad -falta de consciencia social- para comprender que esto es resultado de la profundización del neoliberalismo, de las nuevas economías digitales y de la automatización de la producción, buscan culpables y chivos expiatorios entre los “otros” cercanos: los migrantes, latinos y afrodescendientes, las mujeres, los empobrecidos, las izquierdas.

De esta manera se fortalecen “valores” y prácticas conservadoras, que en muchos casos coinciden con el repertorio de pensamientos de extrema derecha o neofascista, como el racismo y xenofobia de quienes se sienten invadidos y amenazados por los migrantes; el machismo de varones heterosexuales que se sienten disminuidos por el avance del feminismo y la ampliación de derechos de las mujeres; la aporofobia de clases medias que ven amenazado su estatus social y culpan a los pobres improductivos de ser una “carga” para el Estado y la sociedad; sectores reaccionarios que perciben amenazas existenciales por los cambios culturales de las últimas décadas (igualdad de género, multiculturalismo, derechos de las minorías); el desarrollismo economicista que mira al ambientalismo, las demandas indígenas y los derechos territoriales como “enemigos” del progreso; el autoritarismo violento que ataca a las izquierdas y disidencias deshumanizándolas para justificar su agresión y aniquilación, conjuntamente con el debilitamiento de las instituciones democráticas y la imposición de regímenes autoritarios.

En estos escenarios económicos, sociales y políticos, la retórica de extrema derecha ha pasado de ser marginal a convertirse en parte del discurso político dominante, normalización que se logra a través de la repetición constante de ciertos temas y frases que, con el tiempo, pierden su carácter provocador y se aceptan como parte del discurso político habitual. Dinámicas que se ven potenciadas por el rol de las redes sociales y de los grandes medios de comunicación privados, para difundir noticias falsas, teorías conspirativas y mensajes de odio bajo la idea “democrática” de que todo contenido es válido y libre de ser expresado.

Las noticias falsas se transforman en verdad aceptada por las mayorías mediante una dinámica social y psicológica de repetición y exposición reiterada a la misma información, el sesgo de confirmación que hace que las personas tienden a aceptar como ciertas aquellas noticias que refuerzan sus creencias o emociones previas, lo que a su vez se ve reforzado por figuras públicas, medios o líderes de opinión que difunden o avalan los relatos falsos, y los algoritmos programados que priorizan contenidos y generan reacciones emocionales (indignación, miedo, entusiasmo), creando cámaras de eco (burbujas digitales) que refuerzan la idea de que “todos lo creen”, todo lo cual, al repetirse la noticia falsa en debates, medios y conversaciones cotidianas, se integra al sentido común y deja de ser cuestionada, consolidándose como “verdad social”.

La extrema derecha utiliza la "política del miedo" para movilizar a la población, presentando amenazas externas e internas que justifican políticas autoritarias, para lo cual se utiliza la estrategia de la construcción de "enemigos" como inmigrantes, minorías e izquierdas, a quienes se les atribuyen todos los males sociales, económicos, políticos y culturales. De esta manera, se explotan emociones como el miedo, el resentimiento y la indignación para consolidar su base de apoyo. Esta manipulación emocional no busca convencer mediante argumentos racionales, sino activar respuestas afectivas automáticas, que son más duraderas y potentes que la racionalidad y el debate ideológico.

La combinación de miedo, manipulación emocional y normalización discursiva permite que ideas neofascistas (nacionalismo extremo, autoritarismo, rechazo a minorías) se presenten como razonables o necesarias. Y ganen legitimidad en más amplios sectores de la población. Esta estrategia genera cohesión social en torno al líder o partido, facilita la deslegitimación de la oposición y debilita la democracia liberal.

Además, el capitalismo ha logrado colonizar nuestra imaginación colectiva, limitando nuestra capacidad de imaginar y buscar alternativas al sistema actual. Esta situación ha llevado a una "impotencia reflexiva", donde las personas reconocen los defectos del capitalismo, pero creen que no hay medios para cambiarlo, generando una sensación generalizada de que este, no solo es el único sistema político y económico viable, sino que también es imposible imaginar una alternativa coherente a él. Esta ideología se ha convertido en una atmósfera dominante que condiciona no solo la producción de cultura, sino también el control del trabajo y la educación, actuando como una barrera invisible que limita el pensamiento y la acción (Fisher, 2020).

3. El desarrollo del neofascismo y las extremas derechas en el mundo

En Europa, el resurgimiento de la extrema derecha se ha manifestado a través de partidos nacional-populistas que combinan un discurso xenófobo con estrategias electoralistas modernas. Ejemplos prominentes incluyen la Lega Nord (Liga Norte) en Italia, el Frente Nacional (hoy Reagrupamiento Nacional) en Francia, y Alternativa para Alemania (AfD) en Alemania.

Estos movimientos capitalizan la inseguridad económica, el desempleo y la precarización laboral surgida tras la crisis financiera de 2008 y la crisis provocada por el COVID-19, así como las consecuencias de los flujos migratorios hacia Europa, que se perciben como amenaza cultural y social. La combinación de inseguridad económica y ansiedad cultural —lo que denominan reacción cultural (*cultural backlash*)— es un factor central en la adhesión a estos partidos.

Además, estas fuerzas han utilizado estrategias mediáticas modernas: redes sociales, campañas virales y mensajes simplificados que apelan a emociones de miedo y resentimiento. La narrativa común enfatiza la necesidad de “proteger la nación” frente a inmigrantes, élites globalistas y cambios culturales percibidos como peligrosos para la identidad tradicional europea.

En el contexto estadounidense, el neofascismo adopta formas particulares vinculadas al supremacismo blanco, la nostalgia por el pasado y la polarización política extrema, en un contexto de declive de EE.UU. que ya siente a nivel de la sociedad, debido a la desindustrialización y a una economía no productiva, que se sostiene hasta ahora por la financiarización y la hegemonía del dólar como moneda de reserva. El trumpismo constituye la manifestación más visible de estas tendencias, combinando populismo de derecha, autoritarismo y nacionalismo excluyente.

Destacan que el sentimiento de pérdida de estatus social de sectores de clase media y trabajadora, frente a cambios demográficos y culturales, fue un motor central del apoyo electoral a Donald Trump. Este fenómeno se articula con movimientos violentos y militantes, como los “*alt-right*” (derecha alternativa) y otros grupos de extrema derecha, que buscan redefinir la política estadounidense mediante la intimidación y la deslegitimación de instituciones democráticas.

Fuera de Occidente, también se observan expresiones de neofascismo adaptadas a contextos locales. En Asia, países como India bajo Narendra Modi o Filipinas bajo Rodrigo Duterte combinan nacionalismo excluyente, populismo y autoritarismo selectivo. Aunque no replican todos los rasgos históricos del fascismo europeo, estas formas contemporáneas utilizan el **control del Estado**, la polarización cultural y la represión de opositores para consolidar poder.

Estas manifestaciones evidencian que el neofascismo no es exclusivo de sociedades occidentales, sino una estrategia política global que se adapta a las crisis económicas, identitarias y políticas de diversas regiones.

4. América Latina frente a las extremas derechas

La historia política de América Latina está marcada por ciclos de autoritarismo, golpes militares y dictaduras, particularmente durante la Guerra Fría. Países como Chile, Argentina, Brasil y Uruguay experimentaron regímenes militares que suprimieron derechos civiles y reprimieron movimientos sociales. Estas experiencias dejaron una huella profunda en las instituciones, la sociedad civil y las narrativas políticas.

Durante los años 1980 y 1990, la implementación de políticas neoliberales, bajo el influjo del Consenso de Washington, generó crecientes desigualdades sociales y económicas, creando un terreno fértil para el descontento popular y la percepción de crisis de representación. Estas reformas fortalecieron economías de mercado, pero debilitaron las bases sociales de la democracia, facilitando la emergencia de la primera ola de gobiernos de izquierda y progresistas en Latinoamérica.

En la última década, América Latina ha visto la emergencia y consolidación de la extrema derecha en contextos democráticos, como una reacción de las élites económicas y políticas a las políticas de justicia social, reducción de las desigualdades sociales y redistribución de los ingresos, que permitieron logros sociales y económicos significativos, como el hecho que más de 20 millones de personas en América Latina salieron de la pobreza, entre 2000 y 2015. Esta restauración conservadora de las extremas derechas y neofascismos han adaptado estrategias populistas y autoritarias, tal como se evidencia en algunos casos destacados:

- **Brasil (Jair Bolsonaro):** que combinó retórica militarista, nacionalismo conservador y desprecio por derechos sociales, apelando a sectores descontentos con la política tradicional y la corrupción percibida. Bolsonaro capitalizó el miedo a la inseguridad, la migración y el cambio cultural para consolidar su base electoral.
- **Chile (José Antonio Kast):** promueve un discurso anticomunista y antiizquierdista, ligado a la nostalgia por la dictadura de Pinochet, y busca movilizar emociones vinculadas a la seguridad, la familia tradicional y la identidad nacional.
- **Argentina (Javier Milei):** impulsa neoliberalismo extremo con nacionalismo cultural, criticando a la política tradicional y los movimientos sociales de izquierda, y construyendo un liderazgo altamente personalista.

Estos liderazgos comparten estrategias: explotación de ansiedades culturales y económicas, personalización extrema del poder y ataques a instituciones democráticas, presentando soluciones simples a problemas complejos.

El auge de la extrema derecha en América Latina, igual que en otras partes del mundo, también se explica por una interacción de factores estructurales:

- **Inseguridad ciudadana:** la violencia, la criminalidad y la percepción de incapacidad del Estado fortalecen discursos que prometen mano dura y orden.

- **Crisis económica y desigualdad:** la precarización laboral y la falta de oportunidades generan frustración en sectores medios y populares, propiciando receptividad a soluciones autoritarias.
- **Desafección democrática:** la corrupción, la ineficacia institucional y la polarización generan desconfianza hacia los partidos tradicionales, favoreciendo líderes que se presentan como *outsiders* y “salvadores” de la nación.

Los movimientos de extrema derecha latinoamericanos suelen entrar en conflicto con avances en derechos humanos y diversidad cultural, ya que buscan restringir derechos de minorías, limitar políticas de inclusión y revertir reformas progresistas. Esta tensión evidencia la persistencia de una lógica autoritaria, que reproduce elementos de exclusión y jerarquía social, aunque adaptados a contextos democráticos modernos.

5. El caso ecuatoriano

La derecha ecuatoriana ha tenido históricamente una presencia marcada por la defensa de los intereses de las élites económicas y políticas. Durante el siglo XX, los partidos conservadores y las fuerzas tradicionales se caracterizaron por su apego a modelos elitistas, defendiendo la propiedad privada, la Iglesia y estructuras jerárquicas de poder.

En la década de 1990 y principios del 2000, con la implementación de políticas neoliberales y la apertura económica, sectores de la derecha ecuatoriana comenzaron a incorporar estrategias populistas, buscando ampliar su base mediante discursos de seguridad, moralidad y modernización económica, aunque sin abandonar su defensa de los intereses corporativos y empresariales.

En el contexto ecuatoriano contemporáneo, se observan nuevos actores políticos que expresan posturas ideológicas y narrativas de extrema derecha, que no solo defienden los intereses de las élites económicas tradicionales, profundizando las políticas de concentración del capital a través de la apropiación privada del patrimonio nacional y la desposesión de las clases medias y populares, sino que combinan una retórica populista de ultraderecha, con un creciente autoritarismo y militarización de la sociedad.

La crisis de seguridad en Ecuador ha sido instrumentalizada como coartada para imponer políticas securitistas con medidas especiales y extremas que han conducido a la militarización de la seguridad y la conformación de un régimen político de dominación autoritario y antidemocrático, para ello Noboa declaró la existencia de un "conflicto armado interno" y encargó a las fuerzas armadas el restablecimiento del orden y el combate a los grupos de delincuencia organizada, calificados como organizaciones terroristas.

Las múltiples denuncias por desapariciones, ejecuciones extrajudiciales, falsos positivos y otros abusos de la fuerza pública, junto a los evidentes límites de esa estrategia de seguridad —más allá de sus magros resultados en el control de las economías criminales y la destrucción de grupos de delincuencia organizada y sus vínculos con mafias internacionales— no han fisurado el proyecto belicista del gobierno de Daniel Noboa. Al contrario, la política de "guerra interna" continúa orientando el conjunto de la acción gubernamental.

Un nuevo avance en la política autoritaria y militarista gubernamental fue la aprobación de las leyes de “Solidaridad Nacional” y de “Inteligencia” el 7 y 10 de junio pasados. El "estado de guerra" al que ha conducido el gobierno es absolutamente complementario con el modelo económico neoliberal. No se trata de una política negligente o de incapacidad gubernamental, sino de una estrategia consciente y perversa de profundización del régimen político de dominación, utilizando las políticas de seguridad para profundizar el modelo económico de mayor concentración de capital por desposesión, donde la militarización es complementaria de las políticas económicas.

El desarrollo del régimen político autoritario y la estrategia de militarización en el marco de la declaratoria de "conflicto armado interno" —cuestionado por la Corte Constitucional del Estado ecuatoriano— es también resultado del alineamiento estratégico de los gobiernos de Moreno, Lasso y Noboa con los intereses geopolíticos de Estados Unidos en detrimento de los intereses nacionales. Esto implica que la Casa

Blanca y el Pentágono moldearon la estrategia militar y la política económica del gobierno de Daniel Noboa mediante un proceso turbio de cooperación en seguridad entre Ecuador y Estados Unidos.

El gobierno, además de consolidar un régimen político autoritario, despliega una estrategia perversa cultural asesorada por consultoras de primer nivel, ejerciendo el poder no únicamente mediante la coerción, sino también a través de la persuasión y la construcción de consenso. Ha asumido la lucha por el control de emociones, ideas, valores y normas sociales, procurando imponer una visión societaria acorde con sus intereses de saqueo económico-patrimonial y concentración del poder político, legitimando así su modelo de neoliberalismo autoritario.

Esta estrategia se materializa mediante el alineamiento de los grandes medios privados, formadores de opinión e *influencers* de dudosa calidad intelectual y ética, cuantiosas inversiones en centros de *trolls* y ejércitos de *bots*, el control de instituciones culturales y educativas, y la producción sistemática de noticias falsas junto con formas comunicacionales del espectáculo y la farándula. Todo ello orientado a imponer su narrativa hegemónica, determinar la interpretación de los acontecimientos, además de generar distractores que desvíen la atención y confundan a la opinión pública respecto de los graves problemas de inseguridad, crisis económico-social, autoritarismo y corrupción gubernamental.

Gobernar en el Ecuador contemporáneo no implica enfrentar y resolver los grandes problemas nacionales mediante políticas públicas; gobernar significa imponer un relato. La teatralización y la espectacularidad constituyen ingredientes centrales que el gobierno actual pone en escena para consolidarse en el poder como régimen político autoritario. Se trata de una forma de teatralización política donde la estrategia comunicacional gubernamental plantea impactos mediáticos sucesivos que no requieren estructuras o temas de fondo, sino espectáculo permanente, distracción y constantes variaciones.

Pareciera que para la ciudadanía no importa quién gestiona mejor y obtiene mejores resultados en lo público, sino quien mejor escenifica. El gobierno busca generar "legitimidad simbólica" ante una sociedad que desconfía de las instituciones, construyendo coyunturas, creando y personificando enemigos mediante una política que prefiere construir adversarios a través de la movilización de emociones de miedo y odio. Esta estrategia se centró inicialmente en grupos de delincuencia organizada, luego los asimiló a las disidencias políticas —particularmente contra dirigentes del proyecto de la Revolución Ciudadana y líderes sociales del movimiento indígena y otros sectores populares—, extendiéndose recientemente a trabajadores públicos, organizaciones sociales críticas del gobierno y fundaciones no controladas por el oficialismo y la derecha política. Lo democrático se convierte en una secuencia de microeventos teatralizados donde el ritual sustituye a las políticas públicas y la acción realmente eficiente.

Las ideas-fuerza de la narrativa gubernamental promueven la antipolítica ante el rechazo ciudadano hacia la política, percibida como corrupta, ineficiente e incapaz de resolver problemas. Enfatiza aparentes soluciones técnicas con enfoque eficientista, minimizando la importancia de la deliberación, el debate político público y la participación ciudadana. Asimismo, construye al enemigo como "el otro negativo" —las mafias— y todo aquel que se oponga a la agenda gubernamental es asimilado a

delinquentes y narcotraficantes, desdibujando la oposición política y social legítima, transformando al adversario de sujeto político en amenaza criminal desestabilizadora, criminalizando así las disidencias políticas.

Otro aspecto fundamental radica en el abuso del "conflicto armado interno" o guerra interna como metarrelato que abarca y explica narrativas menores dentro de un esquema conceptual más amplio. Los problemas nacionales se describen como resultado de corrupción, saqueo y delincuencia, justificando medidas extraordinarias por fuera de las disposiciones constitucionales, legales y de garantías fundamentales. Finalmente, el gobierno propone un discurso fundacional —"El Nuevo Ecuador"— para reconstruir la legitimidad del poder mediante el quiebre imaginario con el pasado, con función performativa que no solo informa sino actúa políticamente, produciendo identidad, redefiniendo enemigos y conformando escenarios en disputa. Se busca construir un imaginario que trascienda el período político actual desde una figura mesiánica: Noboa y su equipo procuran aparecer como salvadores que rescataron al país del abismo.

Esta estrategia y discurso político refuerzan marcos mentales como el anticorreísmo, desinstitucionaliza la política pública, debilita la democracia y exalta el esfuerzo individual, el trabajo y el mérito personal como formas de "dignificar" la ciudadanía, naturalizando las desigualdades estructurales. Fortalece una ideología tecnocrática y modernizadora que asume que el poder concentrado permitirá gobernar sin obstáculos. También el gobierno y la derecha ecuatoriana ha utilizado el *lawfare*, o guerra judicial, como una herramienta para perseguir y desacreditar a opositores políticos, especialmente a figuras de la Revolución Ciudadana y al expresidente Rafael Correa. Esta práctica utiliza el sistema legal y la manipulación mediática para influir en las decisiones políticas y judiciales, lo que genera un debate considerable sobre su impacto en la democracia del país.

La exfiscal general, Diana Salazar, ha liderado una persecución contra la oposición de izquierda y las disidencias sociales, especialmente contra la Revolución Ciudadana y el movimiento indígena, bajo la justificación de combatir la corrupción y el narcotráfico. De igual manera, los conglomerados de medios con intereses económicos y políticos claros han reforzado narrativas parciales que favorecen a la derecha en contiendas culturales y electorales, lo que contribuye a la persecución. Las redes sociales también se usan para construir estas narrativas. Incluso hay que indicar que, el *lawfare* se ha utilizado para incidir directamente en procesos electorales y evitar el retorno al poder de gobiernos progresistas, contrarios a los intereses del capital financiero y a las élites locales.

La posibilidad de consolidación de la extrema derecha en Ecuador plantea riesgos importantes para la democracia, los derechos y la cohesión social. El caso ecuatoriano muestra cómo la extrema derecha contemporánea puede consolidarse mediante la combinación de factores históricos, estructurales y discursivos, adaptando estrategias populistas y neofascistas a un marco formalmente democrático, provocando el debilitamiento institucional del Estado de derecho, que se expresa en el debilitamiento de contrapesos democráticos y del sistema judicial; la restricción de los derechos económicos, sociales y culturales de la ciudadanía, y el incremento de la conflictividad social y cultural, que amenaza la cohesión y estabilidad del país.

6. Retos y alternativas

El neofascismo y la extrema derecha no son fenómenos inevitables, sino resultado de crisis económicas, inseguridad cultural y debilidad institucional. Su enfrentamiento exige acción simultánea en los ámbitos político, social y cultural, con participación activa de la ciudadanía, compromiso de las instituciones estatales y acción transformadora de las organizaciones políticas de izquierda.

Frente al avance de las extremas derechas y el neofascismo, que como se ha señalado constituyen una respuesta reaccionaria al trauma social del neoliberalismo, marcando una deriva a la pauperización material y social, al colapso de la racionalidad democrática, a la crisis de lo común y la exacerbación del individualismo extremo, a la imposición del miedo y la ansiedad colectiva, se requiere reconstruir un horizonte de transformación o revolucionario renovado, que apunte a la defensa de los derechos y de la democracia, el fortalecimiento del tejido social, con una política basada en el bien común en Ecuador y América Latina.

6.1. Reconstruir el horizonte de sentido y reposicionamiento programático radical

Implica un proceso multifacético que aborda la pérdida de significado en la sociedad, la persistencia de las desigualdades y la necesidad de una reorientación estratégica profunda en la acción política y social:

- **Reconstrucción del horizonte de sentido:** Renovar los propósitos colectivos y los valores compartidos ante la desorientación social, la fragmentación y la alienación, fortaleciendo los espacios comunitarios y familiares, el sentimiento de pertenencia y las motivaciones colectivas, fomentando la creación de nuevas narrativas y visiones de futuro que inspiren la colaboración y el compromiso social, y fortalecer el entendimiento de las personas sobre el mundo que nos rodea, identificando la raíz de los problemas, cultivando la imaginación y colaborando para llevar vidas más plenas.
- **La justicia social y el combate a las desigualdades:** Promover la igualdad de oportunidades y la distribución equitativa de los recursos para garantizar un desarrollo sostenible e incluyente, mediante una repartición más equitativa de los beneficios y las cargas sociales, como la riqueza, el ingreso, el empleo, la educación y la salud; la reparación del daño causado por las injusticias y restablecer las relaciones sociales, garantizando una igualdad de oportunidades real desde el punto de partida e impulsando una solidaridad primordial para abordar las causas estructurales de la inequidad.
- **Reposicionamiento programático radical:** Reorientar profunda y estratégicamente la acción política y social para abordar las causas estructurales de la crisis, en lugar de limitarse a soluciones superficiales; ir a la raíz de los problemas sociales, económicos y políticos, en lugar de tratar solo sus síntomas, cuestionando y transformando las estructuras de poder y los marcos institucionales existentes, estableciendo nuevos objetivos que desafíen el statu quo, repensando las estrategias y tácticas, para adoptar enfoques más

participativos, descentralizados y orientados a la base, y buscando respuestas a la complejidad de los desafíos actuales de la crisis civilizatoria, integrando múltiples perspectivas y conocimientos.

6.2. Estrategias políticas y culturales para enfrentar al neofascismo

Se requieren estrategias políticas y culturales que promuevan la resiliencia democrática, contrarresten la desinformación y reconstruyan el tejido social. Estas tácticas abordan las causas subyacentes del autoritarismo y la polarización, incluyendo la desigualdad económica y la desilusión con las instituciones:

- **Reforzar las instituciones democráticas:** Impulsar políticas que fortalezcan el Estado de derecho y la transparencia, haciendo que los gobiernos y las instituciones rindan cuentas a los ciudadanos, garantizando la independencia judicial, los contrapesos legislativos y la transparencia en la administración pública, de manera que los líderes autoritarios no puedan erosionar la democracia desde dentro.
- **Fortalecer la democracia participativa:** mecanismos de participación ciudadana, transparencia y rendición de cuentas que fortalezcan la confianza en las instituciones, además de generar la inclusión política y cultural, reconociendo la diversidad étnica, de género y cultural como elemento central de la cohesión social.
- **Construir coaliciones amplias:** Crear alianzas sólidas entre partidos de izquierda, progresistas y de centro, así como con los movimientos sociales, sectores productivos y clases medias, para unificar la oposición contra los movimientos de extrema derecha, basándose en objetivos comunes que fomenten el bien público.
- **Promover la acción a nivel local:** Impulsar medidas progresistas en comunidades y territorios, articulando el accionar de las organizaciones sociales, legisladores, autoridades locales y partidos de izquierda, que trabajen para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos. La organización comunitaria y la participación ciudadana son claves para fortalecer la democracia desde la base.
- **Fomentar la alfabetización mediática y digital:** Educar a la ciudadanía, especialmente los adolescentes y jóvenes, para que reconozcan y se resistan a la desinformación, la propaganda y las mentiras tóxicas que se difunden en las redes sociales; así como combatir la desinformación y noticias falsas que legitiman discursos de odio y polarización, mediante políticas públicas y alfabetización mediática.
- **Generar narrativas alternativas:** Contrarrestar el discurso neofascista basado en el miedo existencial, la victimización y la provocación, con una visión que defienda la justicia social, racial y económica. Esto puede hacerse a través de proyectos artísticos y culturales que relaten experiencias de resistencia y comunidad.

- **Educación cívica y cultural:** promover la conciencia crítica sobre derechos humanos, diversidad cultural y participación democrática, fortaleciendo valores de inclusión frente a discursos y prácticas excluyentes.
- **Cultivar la empatía y la conexión:** Fomentar una cultura de supervivencia colectiva y reconectar con otros en la comunidad a través de conversaciones significativas, recomponiendo comunidades solidarias en medio de precariedad y fragmentación, contrarrestando el ultra individualismo promovido por el neoliberalismo.

6.3. El papel de la sociedad civil y los movimientos sociales para derrotar a los neofascismos

La sociedad civil y los movimientos sociales contrarrestan el neofascismo al fortalecer la democracia mediante la acción colectiva, la denuncia de injusticias, la promoción de la participación ciudadana y la defensa de los derechos humanos. Lo logran organizándose en redes, creando espacios públicos no estatales, amplificando voces marginadas, impulsando reformas políticas y culturales, y conectando lo local con lo global a través de la tecnología:

- **Promoción de la participación y defensa de derechos humanos:** Actuar como foros donde las personas con intereses comunes pueden desarrollar los ideales democráticos, haciendo que la democracia sea más participativa y menos exclusiva; y, garantizar la protección sostenible de los derechos humanos frente a tendencias neofascistas.
- **Denuncia de injusticias:** Los movimientos sociales, al ser motores de cambio, pueden señalar las injusticias y las contradicciones en las sociedades, provocando un análisis de problemas estructurales que los regímenes neofascistas buscan ocultar.
- **Impulso a la transformación democrática:** Impulsar la transformación democrática de las instituciones estatales desde los movimientos y organizaciones sociales, lanzando demandas y presionando al estado para la adopción de políticas y reformas que contrarresten los discursos neofascistas.
- **Democracia desde abajo:** Reforzar las prácticas de democracia directa en barrios, comunidades, asambleas y territorios, mostrando que otra forma de gobernar y decidir es posible, además de ser ejemplo de prácticas transparentes, inclusivas y horizontales que contrasten con el autoritarismo y la corrupción de las extremas derechas.
- **Internacionalismo solidario:** Los neofascismos se alimentan de redes transnacionales; la sociedad civil también debe fortalecer sus alianzas regionales y globales, compartiendo estrategias de resistencia, visibilización y defensa de derechos en espacios como la ONU, la CIDH u otras instancias institucionales de los pueblos.

Conclusión

El análisis del neofascismo y de las extremas derechas en Ecuador y América Latina demuestra que no se trata de fenómenos aislados ni pasajeros, sino de expresiones adaptadas de una corriente histórica que hoy se reactualiza bajo condiciones de crisis civilizatoria, precariedad económica, inseguridad social y desafección política. Estos movimientos han logrado articular, mediante discursos emocionales y estrategias mediáticas, proyectos de dominación autoritarios que amenazan con desmantelar los avances democráticos y de derechos alcanzados en las últimas décadas.

En el caso ecuatoriano, el autoritarismo securitista, la militarización y el uso de narrativas belicistas revelan cómo los gobiernos han instrumentalizado la crisis para consolidar un modelo de neoliberalismo autoritario. Este proceso no solo socava el Estado de derecho y criminaliza la disidencia, sino que además erosiona la cohesión social, instalando una política del miedo y de la antipolítica que naturaliza la exclusión y la violencia.

Sin embargo, el avance de estas fuerzas es evitable. Frente a ellas se erige la responsabilidad histórica de las izquierdas, de los movimientos sociales y de la sociedad civil de reconstruir un horizonte democrático, solidario y emancipador. La defensa de la democracia en nuestra región exige no solo resistencia, sino la capacidad de imaginar y construir alternativas de justicia social, igualdad de género, pluralismo cultural y sostenibilidad ambiental. Implica recuperar la confianza ciudadana mediante prácticas transparentes, fortalecer la democracia participativa desde abajo y generar narrativas inclusivas capaces de disputar el sentido común colonizado por el miedo y el odio.

En última instancia, la lucha contra el neofascismo no puede reducirse a una contienda electoral. Se trata de un desafío cultural y civilizatorio: reconstituir la capacidad colectiva de soñar, pensar y actuar en común. La historia demuestra que el fascismo prospera allí donde se instala la desesperanza. Por ello, derrotar al neofascismo en Ecuador y en América Latina requiere reactivar la esperanza como fuerza política, cultivando solidaridad y dignidad frente al autoritarismo y la barbarie. Solo así será posible afirmar un horizonte de democracia radical, justicia social y emancipación que haga frente a los desafíos del presente y del futuro.

Septiembre 2025